

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9

La perfección del sacrificio

Hebreos 9:26b- 9:28

Introducción:

Desde la entrada del pecado en la raza humana, como consecuencia de la desobediencia de Adán y Eva, el hombre ha permanecido en enemistad contra Dios. Su corazón manchado y sucio no le permite comunicarse con el Dios majestuoso, debido a que la santidad del Soberano no resiste el pecado en su presencia. Desde ese día todos estamos bajo la ira de Dios.

Aunque a través de los sacrificios de animales Dios concedió al hombre la oportunidad de encontrar un camino para recuperar, en cierto grado, la comunicación con él, pues, por la sangre derramada de estos sacrificios se concedía limpieza temporal, no obstante el derramamiento mismo de la sangre no bastaba, pues, si el adorador no tenía fe en Dios, entonces su sacrificio era una abominación. Esta fe se evidenciaba, como dijo Santiago, en obras de justicia y sometimiento a la Ley santa del Señor.

Desde el inicio del tiempo los hombres que gozaron de cierta comunión con Dios, dependieron siempre de la fe. Pero la bendición de esta fe se derivaba de un futuro sacrificio que efectuaría la segunda persona de la Trinidad en un estado de encarnación. Todos los santos disfrutaron de reconciliación verdadera con el creador, y aprendieron que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados, por eso cada año esperaban con ansias la llegada del día de la expiación.

Pero el Señor había anunciado que llegaría el día en el cual establecería un nuevo y mejor pacto con su pueblo, en el cual quitaría el problema perenne por el cual cada año era necesario repetir los sacrificios, de manera que, a través de una sola muerte de una sola víctima, se obtuviera una sola vez para siempre la limpieza de los pecados de los adoradores.

Ese momento central de la historia de la redención llegó cuando la segunda persona de la Santísima Trinidad se ofreció a sí mismo como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

En estos tres versículos el autor nos muestra que habiéndose quitado el pecado del mundo, entonces ahora solo esperamos que él regrese nuevamente para consumir o completar la salvación iniciada con su obra en la cruz.

v. 26 “... Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”

Al inicio del verso 26 nuestro autor dijo que si el sacrificio ofrecido por Jesús hubiese sido de la misma categoría de los que se ofrecieron bajo el Antiguo pacto, entonces, él tendría que haber sido sacrificado año tras año desde el momento en el cual los hombres pecaron y fueron salvos por gracia, es decir, desde Adán, y también tendría que ser sacrificado luego de su muerte en cruz, año tras año, para garantizar nuestra salvación, hasta el último día en el cual more algún pecador salvado por gracia en esta tierra.

Pero, aunque es cierto que todos los hombres que han sido salvos desde Adán, hasta el último hombre que morará en el actual estado de cosas, todos, lo han sido solo por gracia y como consecuencia del sacrificio perfecto de Jesús, no obstante, no es verdad que Jesús deba ser sacrificado constantemente. El autor de la carta ha afirmado enfáticamente que su sacrificio expiatorio bastó con que se hiciera una sola vez y para siempre, garantizando así la salvación de su pueblo. Por eso, las iglesias bíblicas no efectuamos sacrificios, cruentos o no cruentos, de Cristo. Celebramos la Santa Cena o la eucaristía, no como un sacrificio repetido constantemente, sino como un recordatorio de su única muerte a través de la cual se obtuvo eterna redención para los que creen en Él. “Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. (Luc. 22:19).

Y ¿cuándo se efectuó ese sacrificio perfecto a través del cual Dios quitó el pecado del mundo? En la consumación de los tiempos o en la consumación de los siglos. Esta

declaración no significa que Cristo se presentó¹ al final de los tiempos, como traducen algunas versiones católicas, sino en el momento histórico en el cual convergen todas las cosas, “es decir, después de que el viejo pacto había demostrado en forma concluyente el fracaso y la impotencia del hombre”².

Ahora, la primera venida de Cristo inauguró lo que en las Sagradas Escrituras se denomina el último tiempo, el cual cederá su lugar al siglo venidero o eterno. Con su muerte en Cruz entró en escena el final de los tiempos. El apóstol Pedro afirma que los creyentes fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir “... *la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*” 1 Pedro 1:18-20.

En Hebreos 1:2 el autor también dijo que Dios nos ha hablado por el Hijo, el cual se encarnó, y esto se dio en los *postreros tiempos*.

Jesús inaugura la etapa final de la historia humana, la cual dará paso al siglo venidero y eterno. Como dice F. F. Bruce “*No es que Cristo vino en el cumplimiento del tiempo sino que su venida hizo que ese tiempo fuera el del cumplimiento*”³; o como dice Kistemaker “La expresión aparentemente indica el impacto total del advenimiento de Cristo y el efecto de su obra expiatoria. Y a causa de su triunfo sobre el pecado, vivimos en los últimos tiempos”⁴.

El autor dice que Jesús se sacrificó a sí mismo con el fin de *quitar de en medio el pecado*. A través de su muerte substitutiva él paga la deuda por el pecado, deuda que estaba en una cuenta contra nosotros los creyentes. El pecado había levantado contra nosotros un acta de maldiciones, pero ahora, a través de la muerte de Cristo, esa acta es quitada. El apóstol Pablo dice: “*Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra*

¹ Es decir que Cristo se ha manifestado una vez, cuando se encarnó. “*Dios fue manifestado en carne*” (1 Timoteo 3:16).

² Morris, Carlos. Comentario Bíblico del Continente nuevo. Hebreos. Página 61

³ Bruce, F. F. La epístola a los Hebreos. Página 225

⁴ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 311

carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Col. 2:13-14). Él pagó nuestra deuda y ahora en ella se encuentra un sello eterno que dice: PAGADO. Esa deuda se pagó en la cruz. La Ley había decretado: “*la paga del pecado es la muerte*” (Ro. 6:23) y ahora el Hijo de Dios había dado su vida pagando el precio que Dios estableció en su santa Ley.

Considero importante resaltar que el autor no dice que Cristo apareció para quitar los pecados sino “*el pecado*”, en singular. “Todos los pecados de los hombres de todas las edades se consideran *una masa* impuesta sobre Cristo. Él no solo ha hecho la propiciación por todos los pecados cometidos, sino que también ha destruido el pecado mismo. Juan 1:29 “He aquí el cordero de Dios que quita *el pecado* (no meramente *los pecados*; en singular, no plural) del mundo”⁵.

Creo que este es el momento propicio para aclarar un asunto doctrinal erróneo que están presentando algunas personas que se hacen llamar carismáticas, aunque creo que ellos no representan el verdadero movimiento carismático. Algunos mercaderes de la fe e impulsores de la “teología de la super-fé” afirman que la muerte de Cristo en la cruz no bastó para expiar nuestros pecados, sino que fue necesario su descenso al infierno, sufriendo, en los tres días que estuvo muerto, los terrores del fuego, el gusano, Satanás y los demonios. Dicen ellos que cuando Jesús bajó a los infiernos para sufrir la condenación logró alcanzar la victoria sobre el pecado para su pueblo. Pero, aunque esto suena interesante, las Escrituras no apoyan semejante interpretación. La muerte de Jesús en la cruz fue la que pagó la deuda, la que expió nuestros pecados, la que garantizó la salvación de su pueblo. La Biblia no enseña que Jesús bajó a los infiernos, antes por el contrario, cuando el ladrón en la cruz fijó sus ojos y confianza en el Salvador sangrante, Jesús le dijo “*hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Luc. 23:43). Cuando Jesús iba a entregar su espíritu lo entregó al Padre, no a Satanás. (Lucas 23:46). Que la obra completa de redención se hizo en la cruz, queda demostrado con las palabras *tetelestai*, “!que significa que la deuda ha

⁵ Jamieson, Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo 2. Nuevo Testamento. Página 702

sido pagada por completo! Ninguna otra deuda quedó pendiente de pago en este mundo ni en el venidero”⁶.

v. 27 “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”

En la carta a los Hebreos encontramos repetidamente la declaración “una vez”:

6:4-6 “Porque es imposible que los una vez fueron iluminados... y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento”

9:7 “pero en la segunda parte, solo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre...”

9:26 “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”

9:27 “Y de la manera que está establecido para los hombre que mueran una sola vez”

9:28 “así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos”

10:2 “pues, los que tributan ese culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado”

12:26 “Aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo”

12:27 “Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles...”

El interés del autor es demostrar que el sacrificio de Cristo solo necesitaba ejecutarse una vez, y con esa sola vez, sería suficiente para obtener la redención eterna de su pueblo. Aquí otro contraste entre el culto judaico y la fe cristiana. Nuestra salvación no depende anualmente de sacrificios, sino que es segura en el único efectuado por Jesucristo. No se requieren más sacrificios porque este fue suficiente para el mal que quería curar, es decir, el pecado. Jesús solucionó este problema de una vez para siempre.

Y que era necesario hacerlo una sola vez queda demostrado en el hecho que Dios requería la muerte del pecador una sola vez. Desde la caída de Adán, todos los hombres, salvo

⁶ Hanegraaff, Hank. Cristianismo en Crisis. Página 188

contadas excepciones, mueren una sola vez, esto es lo común. El hombre muere una sola vez y luego espera el juicio. Solo contados hombres experimentaron la resurrección y volvieron a morir una segunda vez, esto no es el común.

Siendo que todo pecador debe morir una sola vez, entonces Cristo, el Dios-hombre que sufre la muerte substitutiva por el pecador, también debía morir una sola vez, no varias veces. Su muerte tuvo el poder de abarcar la muerte de todos los hombres por los cuales él debía morir. Una sola muerte por todas las muertes.

Ahora, ninguna persona puede decidir escapar de los lazos de la muerte. Ella ha sido como un amo cruel del cual nadie se ha librado, salvo aquellos a los cuales el Señor quiso levantar de esta tierra sin sufrirla, como fue el caso de Enoc *“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios”* (Heb. 11:5), o el caso de Elías (2 Reyes 2:11), el cual fue llevado al cielo en un torbellino. Para el resto de hombres y mujeres no ha habido escapatoria, todos han debido cruzar el valle de la sombra y de la muerte. Este es un destino ineludible. Un día todos tendremos este misterioso encuentro. Tan terrible ha sido la muerte en el género humano que se le relaciona con la oscuridad, con un valle sombrío, lúgubre *“¿No son pocos mis días? Cesa, pues, y déjame, para que me consuele un poco, antes que vaya para no volver a la tierra de tinieblas y de sombra de muerte; tierra de oscuridad, lóbrega, como sombra de muerte y sin orden, y cuya luz es como densas tinieblas.”* (Job 10:20-22).

Pero los hombres no solo mueren una sola vez, sino que luego deben enfrentar el juicio. Todos, luego de pasar el valle de la muerte, en algún momento, compareceremos ante el tribunal de Dios para rendir cuentas por nuestros actos, *“Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala”*. Ecl. 12:14. Pero aquí hay otro contraste, los hombres mueren y después viene el juicio, pero Jesús, luego de su muerte, no obtuvo juicio, sino salvación para con los suyos. ¡Bendita muerte la de nuestro salvador! Solo él podía obtener salvación a través de su muerte, ningún ser humano podía obtener semejante bien, ni para él ni para los demás. Esto es tan contrario a lo que dicen los predicadores de la palabra de fe, que si la muerte de Cristo es la que garantiza la salvación,

entonces los ladrones en la cruz también podían obtener su salvación por su propia muerte, pero no, ellos y ningún hombre pueden obtener salvación por ese medio, ya que luego de la muerte, siendo que somos culpables de pecado, entonces nos espera el juicio. Pero eso no sucedió con Cristo, él no había cometido pecado alguno, por lo tanto, siendo Dios-hombre, su muerte obtuvo eterna salvación para los que creen verdaderamente en Él.

Cuando el autor dice que Jesús *llevó los pecados de muchos*, indica que cuando él fue levantado en la cruz llevó juntamente consigo nuestros pecados. La expresión “*muchos*” es puesta en contraste con aquel uno que fue sacrificado, uno murió por muchos, como dice Pablo “*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*” (2 Cor. 5:14-15). Es probable que esta expresión (*llevó los pecados de muchos*) sea tomado por el autor de lo que dijo Isaías “... *y con los fuertes repartirá despojos; por cuando derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores*” (Is. 53:12).

Ahora, no solo los hombres mueren una sola vez, y después de esto deben enfrentar el juicio ante el creador eterno, sino que Jesús volverá una vez más. Esta segunda venida ya no tendrá relación alguna con la expiación del pecado, sino que vendrá para salvar a los que le esperan. “*y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*”.

Para entender este y otros pasajes en los cuales se habla de la salvación como algo aún no consumado o completo, es necesario tener en cuenta tres aspectos fundamentales de la salvación. Ella nos libra de la culpa del pecado (justificación), del poder del pecado (santificación) y de la presencia del pecado (glorificación), por lo tanto, nuestra salvación será consumada, de manera definitiva cuando seamos libres de la presencia del pecado en la glorificación. Aún hay un elemento de la salvación que esperamos con ansias, pero esto no significa que en este momento no seamos salvos, lo somos de manera segura, pues, en la conversión, cuando el Señor nos da el don de la fe y acudimos con corazones arrepentidos a

Cristo él nos da el perdón completo de nuestros pecados, la culpa es quitada y nuestra comunión con el Padre asegurada para siempre.

Que Jesús regresará para introducir a su pueblo al estado eterno de perfección y gozo es claro en las Sagradas Escrituras. Jesús mismo prometió regresar por los suyos. *“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”* (Juan 14:3). *“Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”* (Mt. 16:27). *“Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis”* (Mt. 24:44). *“Entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria”* (Mr. 13:26). *“¿Porqué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto subir al cielo”* (Hch. 1:11).

Así como el Sumo sacerdote, luego de entrar al lugar santísimo con la sangre del animal sacrificado, era esperado con expectación por los adoradores para que saliera y diera la buena nueva de que Dios se había agradado en el sacrificio y la mediación, de la misma manera los cristianos esperamos a nuestro Sumo Sacerdote, quien, vendrá desde el santuario celestial para decirnos que el momento de la glorificación final ha llegado y ahora viviremos para siempre con el Señor, en sus mansiones de luz y gloria. Jesús aparecerá con segunda vez, pero esta vez sin relación con el pecado, es decir, siendo que el pecado fue quitado con su primera venida, entonces en la segunda, y final, no tendrá nada que hacer con el pecado.

Los cristianos no solo esperan el día de su regreso, sino que lo hacen con expectación, con ansias, anhelamos su pronto regreso. Nuestra debe ser la oración *“Amén. Ven, Señor Jesús”* (Ap. 22:20). Pero los impíos, los que no confían en Jesús para su salvación, tienen la expectación del juicio, pues, ellos, cuando venga Cristo, no entrarán a una era sin fin de gozo y paz, sino que les espera los más terribles tormentos.

Aplicaciones:

- Nosotros hemos vivido con una poderosa Ley que siempre actúa en contra de nosotros, pues, esta Ley nos impone una pesada carga, ella es santa y buena, pero exige santidad

completa de parte de nosotros. Ella impone la muerte a los que la desobedecen en un solo punto, pues, la santidad del que la dio no soporta un solo pecado en su presencia. Nuestro destino era la condenación eterna a causa de que a diario desobedecemos esa ley perfecta, pero, en el cumplimiento del tiempo apareció el Hijo de Dios para dar solución a este problema tan serio, y él, no habiendo pecado nunca, por nosotros se hizo pecado, de manera que así pudiera quitar el pecado de nosotros. Por medio de su muerte en la cruz ha quitado la culpa del pecado, ahora, si hemos creído en él, tenemos una conciencia limpia y ya no esperamos la condenación por nuestros pecados. Alabemos hoy con gozo al Señor, pues, ya no andamos con esta pesada carga, ahora somos libres para adorar con todo nuestro corazón a Dios. Ya nada impide que accedamos a su trono de gloria y le adoremos con sinceridad.

- Pero aún nuestra salvación no se ha manifestado por completo. Aún esperamos ese día glorioso cuando aparezca nuevamente el Rey de reyes y nos libre para siempre de la presencia del pecado. Mientras tanto siempre diremos con el apóstol Pablo “*Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” Pues, anhelamos vivir en pureza total para con aquel que nos reconcilió con el Padre, y encontramos que todavía el pecado tiene presencia en nosotros, ese horrendo pecado que causó la muerte de nuestro redentor en esa vergonzosa cruz. Ya entendemos por qué Juan y la iglesia dicen en Apocalipsis “*Amén; sí ven, Señor Jesús*” (Ap. 22:20) que esta sea nuestra oración constante, Ven Señor, quiero vivir libre de la presencia del pecado, quiero vivir para siempre en pureza, agradándote sin cesar.